



PIP WILLIAMS

Traducción de:

ANA ISABEL SÁNCHEZ DÍEZ



MAEVA

*Ahora, diosa, hija de Zeus, cuenta la historia antigua
para nuestros tiempos modernos. Encuentra el principio.*

HOMERO, *Odisea*,
a partir de la traducción de EMILY WILSON

PRIMERA PARTE



La Inglaterra
de Shakespeare



De julio a octubre de 1914

1

PEDAZOS. ERA LO único que tenía. Fragmentos incomprensibles sin las palabras que los precedían ni las palabras que los seguían.

Estábamos plegando las *Obras completas de William Shakespeare* y había ojeado la primera página del prefacio del editor un centenar de veces. La última línea de esa página me retumbaba en la cabeza, incompleta y burlona. «Solo he osado desviarme donde me parecía que...»

«Osado desviarme.» Mi vista recaía sobre la frase cada vez que plegaba un cuadernillo.

«Donde me parecía que...»

«¿Que qué?», pensaba. Y luego empezaba con otro pliego.

Primer pliegue: *Obras completas de William Shakespeare*. Segundo pliegue: Editadas por W. J. Craig. Tercer pliegue: el puñetero «osado desviarme».

Detuve la mano mientras leía aquella última línea e intentaba deducir el resto.

«W. J. Craig cambió a Shakespeare — pensé—. Cuando le pareció que...»

Experimenté una necesidad acuciante de saberlo.

Eché un vistazo en torno al taller de encuadernación y a lo largo de la mesa de plegado, sobre la que se acumulaban montañas de manos de pliegos y de cuadernillos ya doblados. Miré a Maud.

No podrían darle más igual las palabras que contenía la página. La oí tararear una cancioncilla mientras marcaba el ritmo con cada pliegue, como un metrónomo. Plegar era su tarea favorita y la desempeñaba mejor que nadie, pero eso no evitaba los fallos. «Tangentes de plegado», solía llamarlos mamá. Pliegues cuyo diseño y

propósito solo conocía mi hermana. De vez en cuando, por el rabillo del ojo, me llamaba la atención un cambio de ritmo. Era bastante sencillo estirar el brazo, sujetarle la mano. Ella lo entendía. No era tonta, a pesar de lo que la gente pensaba. ¿Y si se me pasaban por alto las señales? Bueno, un cuadernillo estropeado. Podía ocurrirnos a cualquiera, bastaba con que se nos resbalara la plegadera de hueso. Pero nosotras nos dábamos cuenta y apartábamos el cuadernillo echado a perder. Mi hermana nunca se percataba. Así que tenía que hacerlo yo.

Estar atenta.

Vigilar.

Respiración profunda.

«Querida Maude. Te quiero, de verdad que sí. Pero, a veces...» Así discurrían mis pensamientos.

Ya veía un cuadernillo plegado que no encajaba del todo en la pila que Maude tenía a la izquierda. A mi derecha. Lo quitaría más tarde. Ella no se daría cuenta y la señora Hogg tampoco. No habría razón para que esta última chasqueara la lengua en señal de desaprobación.

La única que podía estropearlo todo en ese momento era yo.

Tenía la sensación de que, si no averiguaba por qué W. J. Craig había cambiado a Shakespeare, iba a ponerme a gritar.

Levanté la mano.

—¿Sí, señorita Jones?

—Baño, señora Hogg.

Asintió.

Terminé el pliegue que había empezado y esperé a que la señora Hogg se alejara. «Señora Hogg, la Cosa Pecosa.» Maude lo había dicho en voz alta una vez y no se me había perdonado jamás. En lo que a la señora Hogg se refería, Maude y yo éramos una única persona.

—Será solo un momento, Maudie.

—Será solo un momento —dijo ella.

Lou estaba plegando el segundo cuadernillo. Cuando pasé por detrás de su silla, me incliné sobre su hombro para atisbarlo.

—¿Puedes parar un momento? —le pregunté.

—Creía que te morías de ganas de ir al baño.

—Claro que no, solo necesito saber qué dice.

Lou se detuvo el tiempo justo para que leyera el final de la frase. Lo añadí a lo que ya sabía y lo susurré para mis adentros. «Solo he osado desviarme donde me parecía que la falta de atención, bien del copista, bien del impresor, privaba por completo de significado una palabra o una oración.»

—¿Puedo seguir ya, Peggy? —preguntó Lou.

—Sí, ya puedes —contestó la señora Hogg.

Lou se sonrojó y me lanzó una mirada.

—Señorita Jones...

La señora Hogg había sido compañera de colegio de nuestra madre y me conocía desde que Maude y yo éramos una recién nacidas. Aun así, señorita «Jones». Con el énfasis en el apellido de soltera de mamá, por si acaso en el taller de encuadernación había alguien que hubiese olvidado su deshonra.

—Su trabajo consiste en encuadernar los libros, no en leerlos...

Siguió hablando, pero yo dejé de escucharla. Lo había oído mil veces —los pliegos estaban para que los dobláramos, no para que los leyéramos; los cuadernillos estaban para que los apiláramos, no para que los leyéramos; los tacos estaban para que los cosiéramos, no para que los leyéramos— y, por enésima vez, pensé que leer las páginas era lo único que hacía que lo demás resultara tolerable. «Solo he osado desviarme donde me parecía que la falta de atención, bien del copista, bien del impresor, privaba por completo de significado una palabra o una oración.»

La señora Hogg levantó un dedo y, en ese momento, me pregunté qué respuesta se me habría escapado darle. Se le estaba poniendo la cara colorada, como le ocurría invariablemente. Entonces nos interrumpió nuestra capataz.

—Peggy, ya que estás de pie, ¿podrías hacerme un recado? —La señora Stoddard se volvió hacia la supervisora de planta con una sonrisa—. Seguro que puede prescindir de ella durante diez minutos, ¿verdad, señora Hogg?

Cosa Pecosá asintió y continuó caminando a lo largo de la fila de chicas sin dignarse a mirarme de nuevo. Desvió la vista hacia mi hermana.

—A Maude no le pasará nada —dijo la señora Stoddard.

Echamos a andar por el taller, aunque, en ocasiones, la capataz se detenía para darle ánimos a alguna de las más jóvenes o para aconsejar sobre la postura si veía a una trabajadora encorvada. Cuando llegamos a su despacho, cogió un libro recién encuadernado. Estampado con unas letras doradas tan brillantes que parecía que estuviesen mojadas.

El libro Oxford de la poesía inglesa: 1250-1900. Lo imprimíamos casi todos los años.

—¿Es que nadie ha escrito un poema desde 1900? —pregunté.

La señora Stoddard contuvo una sonrisa.

—El interventor quiere ver cómo ha quedado la última tirada.

—Me entregó el libro—. El paseo hasta su despacho debería aliviarte el aburrimiento.

Me acerqué el libro a la nariz: cuero limpio y el aroma cada vez más tenue de la tinta y la cola. Nunca me cansaba de olerlo. Era la fragancia recién estrenada de una idea nueva, de una historia antigua, de una rima inquietante. Sabía que se desvanecería del libro en menos de un mes, así que lo inhalé como si así fuera a absorber lo que hubieran impreso en las páginas del interior.

Volví caminando despacio entre las dos largas hileras de mesas llenas de pliegos lisos e impresos y de cuadernillos plegados. Mujeres mayores y jóvenes se inclinaban sobre la tarea de convertir lo uno en lo otro, y a mí me habían dado un momento de tregua. Acababa de empezar a abrir el libro cuando una mano pecosa agarró la mía y lo cerró de golpe.

—No conviene arrugar el lomo —dijo la señora Hogg—. No si lo hacen personas como usted, señorita «Jones».

NO ME APURÉ mientras recorría los pasillos de Clarendon Press.

El señor Hart tenía una visita: las palabras de la mujer escapaban a la intimidad de la conversación que estaban manteniendo. Era joven, bienhablada, con un leve acento de las Midlands. Pisé con más delicadeza para no ahuyentar las palabras hacia el silencio.

—¿Y qué opina su padre? —preguntó el interventor.

Me detuve justo al otro lado de la puerta del despacho. Estaba entreabierta y vislumbré los elegantes zapatos y los tobillos esbeltos de la mujer bajo una falda recta de color lila y una chaqueta larga a juego.

—Se mostró reticente, pero al final lo convencí.

—Es un hombre de negocios. Práctico. Él no necesitó ningún título universitario para convertir su fábrica de papel en un éxito. Supongo que no le ve la lógica en el caso de una mujer joven.

—No, no se la ve —respondió ella, y percibí su frustración—. Así que debo demostrarle que sí la tiene haciendo que merezca la pena.

—¿Cuándo se trasladará a Oxford?

—En septiembre, justo antes del primer trimestre. Me trasladaré al Somerville, así que seremos vecinos.

El Somerville. Todas las mañanas me imaginaba que dejaba a Maude en la entrada de la imprenta y que cruzaba la calle para franquear la entrada del colegio universitario Somerville. Me imaginaba el patio cuadrangular y la biblioteca y un pupitre en una de las habitaciones que daban a Walton Street. Me imaginaba que pasaba los días leyendo libros en lugar de encuadernándolos. Me imaginaba, durante un instante, que no era necesario que ganase un salario y que Maude era capaz de apanárselas sola.

—¿Y qué estudiará?

Ya tenía la respuesta en la punta de la lengua, pero la joven me la robó.

—Lengua y Literatura Inglesas, quiero ser escritora.

—Vaya, quizá algún día tengamos el honor de imprimir su obra.

—Quizá, señor Hart. Estoy deseando ver mi nombre entre sus primeras ediciones.

Se sumieron en un silencio en absoluto incómodo, y supe que estaban contemplando la estantería del interventor, contemplando todas las primeras ediciones, con sus lomos impolutos y sus letras grabadas en pan de oro. El volumen que llevaba en la mano reivindicó su presencia. Casi me había olvidado de por qué me habían mandado allí.

—Dele recuerdos a su padre, señorita Brittain.

—De su parte, señor Hart.

La puerta se abrió de par en par y no me dio tiempo a retroceder, así que, durante un segundo, quedamos frente a frente. La señorita Brittain debía de tener diecinueve o veinte años, tal vez veintiuno, la misma edad que yo. Era de mi altura, estaba igual de delgada y era guapa a pesar de tener el pelo de un tono pardusco. El lila le sentaba bien, pensé, y sentí curiosidad por saber qué pensaría de mí. Que era guapa, sin duda, eso lo decía todo el mundo. Que mi pelo era tan oscuro como el agua del canal en plena noche, al igual que mis ojos, idénticos a los de mi madre. Aunque mi nariz era distinta, un pelín demasiado grande. Quizá no hubiera sido tan consciente de ella si no la viese de perfil cada vez que miraba a Maude.

Fue solo un momento, pero a veces no se necesita más: me di cuenta de que la expresión de la señorita Brittain transmitía algo acerado, una especie de determinación. «Podríamos ser amigas», pensé.

Ella, sin embargo, tenía las cosas más claras. No fue maleducada, pero había protocolos. Vio el delantal de una chica del taller de encuadernación sobre una sencilla falda marrón de dril y una blusa desgastada por los lavados y remangada hasta los codos. Sonrió, saludó con un gesto de la cabeza y luego se alejó caminando por el pasillo.

Llamé con los nudillos a la puerta abierta y el señor Hart levantó la vista del escritorio. Hacía siete años que trabajaba en la imprenta y nunca lo había visto sonreír, pero, en ese instante, el gesto le rondó la comisura de los labios. Cuando se dio cuenta de que no era la señorita Brittain una vez más, la sonrisa desapareció. Me hizo señas para que entrara, pero centró de nuevo su atención en el libro de contabilidad que tenía delante.

Mis diez minutos ya se habían agotado, pero no tenía autoridad para interrumpirlo. Miré por la ventana situada a espaldas del señor Hart. Allí estaba la señorita Brittain, cruzando Walton Street. Se detuvo en la acera y levantó la mirada hacia las ventanas del colegio universitario Somerville. Permaneció así un rato, obligando a la

gente a rodearla para seguir su camino. En ese momento, sentí su entusiasmo. Se estaba preguntando si alguna de aquellas ventanas sería la suya. Se estaba imaginando el pupitre con vistas a la calle y los muchos libros que leería.

Y entonces noté una opresión en el pecho. Un resentimiento familiar. Quizá la señora Hogg conociese la verdad de las cosas y yo no tuviera derecho a leer los libros que encuadernaba, ni a imaginarme en ningún otro lugar que no fuera el humilde barrio de Jericho, ni a plantearme ni por un segundo que pudiese llegar a tener una vida más allá de Maude. El libro empezó a pesarme en las manos y me sorprendió que me lo hubieran siquiera confiado.

Y entonces me enfadé.

Abrí *El libro Oxford de la poesía inglesa* y oí el crujido del lomo. Pasé las páginas: John Barbour, Geoffrey Chaucer, Robert Henryson, William Dunbar, Anónimo, Anónimo. Si tuvieran nombre, ¿sería posible que fueran Anna o Mary o Lucy o Peg? Alcé la vista y me percaté de que el interventor me estaba mirando de hito en hito.

Durante un instante, pensé que quizá fuera a preguntarme mi opinión. Pero se limitó a tender la mano para que le entregara el libro. Dudé y enarcó las cejas. Bastó con eso. Le puse el volumen en la mano. Asintió y volvió a concentrarse en el libro de contabilidad.

Me despachó sin pronunciar una sola palabra.

2

LOS CHICOS DE los periódicos anunciaban las noticias a gritos por todo Jericho; el estruendo de sus voces nos acompañaba durante nuestro trayecto a pie hasta el trabajo. «Defiendan la neutralidad belga», repetía Maude. «Apoyen a Francia.» Lo decía todo una y otra vez, justo igual que los vendedores de periódicos.

Cuando nos detuvimos en el quiosco de Turner para recoger nuestro correo, el mostrador estaba atestado de gente comprando diarios.

—Esta mañana no tiene nada, señorita Jones —anunció el señor Turner cuando por fin me llegó el turno.

Cogí un ejemplar del *Daily Mail* y le entregué medio penique. El hombre me miró con las cejas arqueadas, puesto que nunca le había comprado un solo periódico. «Es desperdiciar medio penique», solía decir mamá.

Maude ojeó la primera página mientras caminábamos por Walton Street.

—«¿Gran Bretaña le declara la guerra a Alemania?»

Era un titular y una pregunta: le desconcertaba ver la celebración de los hombres más jóvenes y, al mismo tiempo, la preocupación en el ceño de las madres. Pero ¿me estaba preguntando qué significaría la guerra para Inglaterra o qué podría significar para nosotras?

—No nos pasará nada, Maudie. —Le apreté la mano—. Pero puede que ciertas cosas cambien.

Esa era mi mayor esperanza, y me sentí un poco culpable por ello, aunque no mucho. Maude siguió examinando el diario.

—«Sombreros prácticos a precios populares» —dijo—. Era su costumbre desde que había aprendido a leer. Era una habilidad que le había costado mucho adquirir y, pese a que no le interesaba leer

libros, adoraba los titulares y las viñetas: palabras ya ordenadas y listas para el consumo.

Nos unimos a la masa de hombres y mujeres, chicos y chicas, que cruzaban el arco de piedra de Clarendon Press. Rodeamos el patio cuadrangular, con su enorme fuente y su fresno maduro, y entramos en el edificio, donde todos los vestigios de un colegio universitario de Oxford daban paso a los ruidos, los olores y las texturas de la industria. Llegamos al taller de encuadernación y guardamos nuestros respectivos bolsos y sombreros en el guardarropa. Cogimos unos delantales limpios de los ganchos y comenzamos a atravesar el lado de las chicas, rodeando mesas con montañas de tacos a la espera de ser cosidos y pasando ante la mesa donde se montaban, sobre la que los cuadernillos estaban ya organizados en dos gradas a cada lado.

Las mesas de plegado estaban dispuestas en tres largas filas con espacio para doce mujeres a lo largo de cada una de ellas. Estaban orientadas hacia unas ventanas altas y desnudas, y la luz matutina se derramaba sobre manos de pliegos lisos e impresos y pilas de cuadernillos plegados el día anterior. Lou y Aggie ya estaban en su puesto, sentadas a uno de los extremos de la mesa que había justo debajo de las ventanas.

Maude y yo nos sentamos entre ellas.

—¿Qué nos han dado hoy? —le pregunté a Aggie.

—Algo antiguo —respondió; nunca le importaba de qué se trataba.

—Tienes fragmentos de *La Inglaterra de Shakespeare* —dijo Lou—. Páginas de pruebas. Te llevarán cinco minutos. Luego tienes sus obras completas para mantenerte ocupada durante el resto del día.

—¿Todavía la edición de Craig?

Asintió.

—Estoy convencida de que, a estas alturas, todos los habitantes de Inglaterra deben de tener ya un ejemplar.

Me coloqué el primer pliego de pruebas delante y cogí la plegadera de hueso de mi madre. A nadie le gustaba plegar páginas de pruebas —nunca eran tantas como para poder coger un buen

ritmo — , pero a mí me encantaba. Y me gustaba aún más cuando las páginas volvían una y otra vez. Buscaba los cambios que se le habían hecho al texto y me sentía orgullosa si los había previsto. Era un pequeño logro que impedía que la monotonía de la jornada me volviera loca. La señora Stoddard se aseguraba de darme siempre las pruebas, y todas se lo agradecíamos.

Les eché un vistazo a los pliegos impresos de *La Inglaterra de Shakespeare: Una crónica de la vida y la época*. Eran pruebas de capítulos y posiblemente estuvieran llenas de errores. Uno de los capítulos ya lo había visto, era un ensayo sobre los libreros, los impresores y los papeleros. Me habían pillado leyéndolo la última vez que había pasado por el taller — «Su trabajo, señorita Jones...» — , pero la reprimenda había valido la pena. Hablaba de nosotros, de lo que hacíamos en la imprenta, y del hecho de que en los tiempos de Shakespeare era peligroso imprimir un libro que se considerara ofensivo para la reina o para el arzobispo de Canterbury. «Que les corten la cabeza», pensé en su momento. Los demás capítulos de pruebas eran nuevos: «Baladas y canciones populares», «El teatro», «El hogar». Había menos de los que debería. Si la intención era que *La Inglaterra de Shakespeare* estuviera lista para el trigésimo centenario de la muerte del Bardo, ya tendrían que estar llegando todas las páginas de pruebas.

El último pliego impreso era el primer borrador decente del «Prefacio». Miré a mi alrededor para ver dónde andaba la señora Hogg. Estaba junto a la mesa donde se montaban los tacos, comprobando que las bandejas de los cuadernillos estaban dispuestas en el orden correcto. Coloqué el «Prefacio» encima de la pila de pliegos y leí unas cuantas líneas: «Quienes deseen saber qué piensa Shakespeare no deben desatender lo que dicen sus locos».

Aquellas palabras bastaron para animarme a seguir adelante. Cogí el borde derecho del pliego, lo llevé hacia el izquierdo y alineé perfectamente las marcas de impresión. Pasé la plegadera de hueso de mi madre a lo largo de la doblez para afinarla.

Primer pliegue. Folio.

Le di la vuelta. Cogí el borde derecho y lo llevé al izquierdo. El grosor se había duplicado, así que se produjo un ligero aumento en

la resistencia. Adapté la presión sobre la plegadera de hueso de mi madre: intuición, no pensamiento. Afiné la doblez.

Segundo pliegue. Cuarto.

La plegadera de hueso de mi madre. Seguía llamándola así a pesar de que era mía desde hacía tres años. No era más que un trozo de hueso de vaca redondeado en un extremo y acabado en punta en el otro. Sin embargo, tras décadas de uso, era suave como la seda y todavía conservaba la huella de su mano. Era sutil, pero las plegaderas de hueso, como las cucharas de madera y los mangos de hacha, se desgastan de acuerdo con la naturaleza del agarre de su dueño. Me apoderé de la plegadera de hueso de mamá antes de que Maude pudiera reclamarla para sí. Batallé con la sensación que me provocaba en la mano del mismo modo en que había batallado con la ausencia de mi madre. Con terquedad. Negándome a ceder.

Al final, dejé de intentar agarrarla a mi manera y permití que la plegadera de hueso se me acomodara en la palma de la mano como una vez lo había hecho en la de mi madre. Sentí la delicada curva del hueso allá donde antes se posaban sus dedos. Y rompí a llorar.

La señora Stoddard tocó la campana y dejé que el recuerdo se disipara.

—Va a celebrarse un desfile —dijo—, una despedida para los hombres de la imprenta que forman parte del Ejército Territorial y para los que han conseguido alistarse como voluntarios desde que se hizo el anuncio.

El «anuncio». No había sido capaz de obligarse a pronunciar la palabra «guerra». Todavía no.

En el taller de encuadernación trabajábamos más de cincuenta mujeres —la más pequeña tenía doce años y la mayor más de sesenta— y todas seguimos a la señora Stoddard por los pasillos de la imprenta como si fuéramos colegialas en una excursión. Cuando el volumen de nuestro parloteo aumentó demasiado, la capataz se detuvo, se dio la vuelta y se llevó un dedo a los labios. Como colegialas, obedecimos, y solo entonces comprendí lo que aquella guerra podría significar para nosotras: la sala de impresión estaba sumida en un silencio absoluto. Las prensas se habían parado. Nunca

la había visto así y, de pronto, me puse muy nerviosa. Creo que todas lo sentimos, porque no reanudamos la cháchara hasta que llegamos al cuadrángulo. Allí ya se habían congregado seiscientos hombres y chicos. La señora Stoddard nos hizo salir y me di cuenta de que allí estaban representadas casi todas las familias de Jericho.

Había operarios de máquinas y cajistas, fundidores, mecánicos y lectores. Tanto aprendices como oficiales y capataces. Estaban repartidos en grupos según su ocupación; el estado de sus delantales y de sus manos hacía que resultase sencillo reconocerlos. Ocupaban los huecos que quedaban alrededor de la fuente, entre los parterres del jardín, y llegaban hasta el fondo, hasta la casa en la que vivían el señor y la señora Hart. Nunca nos habíamos reunido así y me impresionó que fuéramos tantos; entonces caí en la cuenta de que al menos la mitad de los hombres, o tenían edad para combatir, o les quedaba poco para alcanzarla. Estudié a la multitud.

Los hombres de mayor edad mataban el tiempo conversando en voz baja; los más jóvenes estaban más animados, algunos felicitando a sus amigos, otros alardeando de que el káiser no tenía nada que hacer.

— Seguro que dura más de un año — oí que decía un muchacho.

— Eso espero — replicó su amigo.

No tenían ni dieciséis años.

Dos capataces, ataviados con el uniforme del Ejército Territorial en lugar de con su delantal de la imprenta, intentaban que los reclutas más jóvenes se pusieran en fila, pero los muchachos bullían con los detalles de la noche anterior. Los que habían estado a las puertas del palacio de Buckingham eran el centro de atención. Hablaban del gentío y de la aglomeración, de la cuenta atrás hacia la medianoche, de los vítores cuando quedó claro que el káiser no iba a retirarse de Bélgica y que Inglaterra entraría en guerra.

— Defender Bélgica es nuestro deber — aseguró uno de ellos —, así que cantamos *Dios salve al rey* a pleno pulmón.

— Que Dios nos salve a todos — dijo una voz cavernosa a mi espalda.

Me di la vuelta y vi al viejo Ned haciendo un gesto de negación. Se quitó la gorra y se la llevó al pecho; con los dedos nudosos y

manchados de tinta, empezó a retorcer la tela. Cuando bajó la cabeza, pensé que se había puesto a rezar.

Entonces, una voz clara y conocida: Maude cantando *Dios salve al rey* a voz en grito.

—¡Eso es, señorita Maude! —gritó Jack Rowntree.

Además de nuestro vecino en el canal, Jack era aprendiz de cajista. Si nada cambiaba, se convertiría en oficial al cabo de tres años. Estaba en el centro del patio junto con todos los que, adelantándose a los acontecimientos, se habían alistado al Ejército Territorial a lo largo de los últimos meses. Pensé en el picnic que habíamos celebrado tan solo unos días antes. Una tarta por su decimoctavo cumpleaños, charadas.

—No la animes, Jack —grité, pero él levantó las manos como si no le quedara otro remedio y empezó a hacer de director de orquesta.

Maude siguió cantando y los muchachos se le unieron en la estrofa. Se oyó la voz confiada de un tenor, luego la de un barítono. El resto del coro de la imprenta no tardó en sumarse y el cuadrángulo retumbó como una sala de conciertos. Los capataces abandonaron sus esfuerzos por lograr que los reclutas formaran una fila. Se cruzaron de brazos hasta que terminaron de cantar el himno. Las últimas notas quedaron suspendidas en el aire frío durante un minuto entero, inalteradas.

Después, uno de los capataces les gritó a los hombres que formaran dos hileras. Su voz resultó más autoritaria en aquel silencio y los reclutas obedecieron. Pero no como lo habrían hecho los soldados. Hubo ajeteo y topetazos sigilosos, y un par de muchachos se cambiaron de sitio para estar cerca de sus amigos. Aún no habían terminado de colocarse cuando la señora Stoddard nos indicó a las chicas del taller de encuadernación que nos repartiéramos a ambos lados del desfile.

—Lo que desean ver mientras salen de aquí marchando es una cara bonita —dijo—, así que asegúrense de no dejar de sonreír.

Lou fue la primera en echarse a llorar. Otras chicas buscaban a su novio en la fila y lanzaban besos. Algunas sacaron pañuelos para agitarlos o enjugarse los ojos. Los aprendices se irguieron. Uno o dos palidecieron de golpe. Jack me miró a los ojos y supuse que

haría algún tipo de comentario ocurrente, pero no fue así. Se limitó a asentir con la cabeza y esbozar una ligera sonrisa. Luego volvió el rostro hacia el frente.

Conté cincuenta y seis reclutas. Algunos tenían las sienes encanecidas, la cara arrugada por la vida. Pero casi todos eran jóvenes y demasiados tenían aún cuerpo de niño. El señor Hart cruzó el patio en compañía del profesor Cannan, el secretario de Clarendon Press, el patrono de todos los que nos habíamos congregado en el patio. Rara vez lo veíamos entre el papel, la tinta y las prensas, pero allí estaba, escudriñando las hileras de hombres, calculando, quizá, cuánto iba a costarle la guerra al negocio de la imprenta. Vio a un hombre al que conocía, se acercó a él y le estrechó la mano.

—Su ayudante —me susurró Aggie—. Ahora tendrá que escribirse las cartas él mismo.

Cannan retrocedió mientras el señor Hart hablaba con uno de sus capataces. Apartaron a dos muchachos enclenques del desfile. Los chicos intentaron protestar, pero fue en vano. Me pregunté qué tipo de aventura pensarían que iban a perderse. Entonces el interventor se subió a una caja y dijo algo adecuado para la ocasión, no recuerdo qué. Había llovido durante la noche y las gotas se aferraban, aquí y allá, a las hojas de árbol y a la piedra. Oscurecían la grava bajo nuestros pies. Empecé a pensar en quién nos haría reír si Jake se marchaba, ¿quién nos acarrearía el agua y nos sellaría las fugas? ¿Quién asumiría su trabajo en la sala de composición? Si todos aquellos hombres se marchaban, quizá *La Inglaterra de Shakespeare* no llegara a terminarse nunca.

El sol matutino se reflejaba en un charco. Una bota vieja lo espantó de un pisotón. Alcé la vista. El desfile de los hombres había comenzado a franquear el arco de piedra hacia Walton Street. Todo el mundo aplaudía y gritaba a sus espaldas.

—Vuelve a casa sano y salvo, Angus McDonald —chilló una chica del taller de encuadernación con la cara húmeda a causa de la emoción.

—Vuelve a casa sano y salvo, Angus McDonald —repitió Maude sin apenas expresión.

El chico le lanzó un beso y mi hermana lo imitó. La novia del muchacho la miró con mala cara, pero fue un gesto superfluo porque, a partir de ese momento, Maude les lanzó besos a todos.

Cuando el último de los hombres salió a la calle, nos quedamos todos callados. Nos desperdigamos por el patio formando grupitos incómodos, y uno o dos de los capataces consultaron el reloj de bolsillo en previsión de un final de jornada tardío. El interventor y el secretario se pusieron a conversar en voz baja, ambos con el ceño fruncido. El señor Hart miró hacia el arco de piedra y negó con la cabeza.

La señora Stoddard fue la primera en reaccionar. Dio una palmada.

—Hora de volver al trabajo, señoras —dijo.

La señora Hogg encabezó la marcha.

Los capataces las imitaron y todos los hombres volvieron a sus respectivas labores: a las salas de máquinas y a la fundición de tipos, a la sala de composición y al almacén de papel, a las salas de lectura, al depósito y al lado masculino del taller de encuadernación. Ni una sola de esas secciones había esquivado la pérdida de un buen profesional.

Solo la parte femenina del taller contaría con la plantilla completa a partir de aquel momento, pensé. Me quedé rezagada para hablar con la señora Stoddard.

—¿Quién va a cubrir todas las vacantes? —pregunté.

—Si los que mandan tienen dos dedos de frente y los sindicatos lo permiten, mujeres jóvenes y brillantes. —Me miró de soslayo—. No hay restricciones que impidan que las mujeres trabajen en administración, Peggy. Podrías plantearte solicitar algún puesto allí.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no? —quiso saber la capataz.

Miré a Maude.

—¿Por qué no? —dijo Maude.

«Porque me necesitas», pensé.

—Porque me echarías de menos —dije.

La señora Stoddard se detuvo y me miró a los ojos.

—La puerta no permanecerá abierta mucho tiempo. Debes intentar cruzarla mientras puedas.

INTENTÉ CRUZARLA DURANTE el descanso de la comida.

Las prensas habían recuperado la actividad, pero, cuanto más me alejaba por el pasillo, más se desvanecía el ruido. Luego, el olor del aceite de las máquinas y de las luces de gas, y el tufo a pescado y marea baja de la cola, se vieron sustituidos por el del abrillantador de madera y un dejo de vinagre. Me saqué la carta del bolsillo del delantal y la leí. Estaba bien escrita y no tenía errores, era una solicitud convincente. Pero me tembló la mano cuando llamé a la puerta del profesor Cannan.

Me abrió una mujer joven.

—¿En qué puedo ayudarla?

La muchacha tenía la misma nariz que su padre, la misma forma cultivada de hablar. Me habían dicho que era poeta. Llevaba un fajo de papeles en la mano y me di cuenta de que había acudido a ayudar. ¿Cómo no? Tenía la educación necesaria y todo el tiempo del mundo. Era perfectamente lógico.

—¿Eso es para mi padre?

Señaló mi carta de solicitud con la cabeza.

Hice un gesto de negación y retrocedí.

—Me he equivocado de sitio —mascullé al mismo tiempo que cerraba la puerta.

Rompí la carta por la mitad, le di la vuelta, la rompí una segunda vez, le di la vuelta, la rompí una tercera vez. Y luego emprendí el camino de regreso hacia el olor a pescado y marea baja del taller de encuadernación.